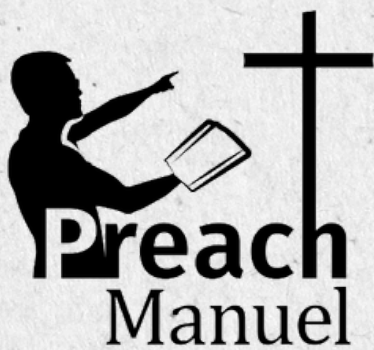




Comentario al
texto bíblico

PRIMERA Y
SEGUNDA
A LOS
CORINTIOS

EL MINISTERIO
CRISTIANO
AUTÉNTICO

III TRIMESTRE - 2026

LA MEJOR CARTA DE RECOMENDACIÓN

Pablo comienza 2 Corintios 3 hablando de las cartas de recomendación, algo habitual en el contexto social del mundo grecorromano. Una carta podía acreditar que una persona tenía autoridad, respaldo o autorización para realizar determinada tarea. El propio Pablo había llevado cartas de los principales sacerdotes cuando perseguía a los seguidores de Jesús.

Por eso, los corintios podían preguntarse de dónde procedía la autoridad apostólica de Pablo. ¿Quién lo había recomendado? ¿Tenía acaso cartas de los apóstoles de Jerusalén?

La respuesta de Pablo es sorprendente: **no necesita una carta escrita en papel, porque los propios corintios son su carta de recomendación.** La transformación producida en ellos por el Espíritu Santo demostraba que Dios había acompañado su ministerio.

“Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres; siendo manifiesto que sois carta de Cristo, expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón.” (2 Corintios 3:2-3).

La mejor evidencia de un ministerio respaldado por Dios no es un documento humano, sino **el fruto que el Espíritu produce en la vida de las personas.**



LA MEJOR CARTA DE RECOMENDACIÓN

El arrepentimiento, la conversión, el abandono de la idolatría y una vida transformada constituían la verdadera carta de recomendación de Pablo.

Pero Pablo introduce inmediatamente un contraste que desarrollará durante el resto del capítulo: la letra frente al Espíritu, las tablas de piedra frente al corazón y el antiguo pacto frente al nuevo pacto.

Su argumento es contundente. El antiguo pacto es descrito como un ministerio de condenación y muerte, mientras que el nuevo pacto es presentado como un ministerio del Espíritu y de justificación.

“El cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica.” (2 Corintios 3:6).

Esto no significa que antes de Cristo no existiera salvación. Desde el Edén estaba vigente la promesa del pacto eterno, basada en Cristo y recibida por fe. El problema estaba en el pacto que el pueblo concertó en el Sinaí al prometer obediencia dependiendo de sus propias fuerzas.

Cuando el ser humano intenta obedecer por sí mismo, descubre su incapacidad y su condenación. Esa experiencia revela precisamente su necesidad de Cristo.



LA MEJOR CARTA DE RECOMENDACIÓN

El nuevo pacto funciona de manera completamente diferente: Cristo recibe al creyente, escribe su ley en el corazón y produce obediencia mediante su Espíritu. **No se trata de obedecer para conseguir la bendición, sino de recibir a Cristo para que Él produzca en nosotros la obediencia.**



EL EVANGELIO A CARA DESCUBIERTA

Después de presentar el contraste entre el antiguo y el nuevo pacto, Pablo vuelve a la defensa de su ministerio apostólico. Su predicación, afirma, no tiene nada que ocultar. **El evangelio es anunciado con franqueza, transparencia y a rostro descubierto.**

El contraste con Moisés es significativo. En el Sinaí, Moisés cubría su rostro con un velo para que los israelitas no contemplaran aquella gloria pasajera. Pero el ministerio del nuevo pacto apunta hacia una gloria que no desaparece: **la gloria de Dios revelada en el rostro de Jesucristo.**

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18).

Aquí se encuentra una de las grandes verdades del evangelio: **aquello que contemplamos termina transformándonos.** Al mirar a Cristo por medio de su Palabra, el Espíritu reproduce progresivamente en nosotros la misma imagen que estamos contemplando. Su carácter comienza a reflejarse en nuestra vida.

Pablo lleva esta idea todavía más lejos:

“Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6).



EL EVANGELIO A CARA DESCUBIERTA

La conversión es presentada así como **una verdadera nueva creación**. El mismo Dios que hizo resplandecer la luz en medio de las tinieblas hace ahora brillar su luz en el corazón humano. Donde antes había oscuridad, Cristo comienza a manifestarse.

Sin embargo, este maravilloso tesoro se encuentra en “vasos de barro”. Los apóstoles seguían siendo hombres débiles, perseguidos, atribulados y expuestos constantemente a la muerte. Precisamente por eso quedaba claro que **la excelencia del poder pertenecía a Dios y no a ellos**.

“Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2 Corintios 4:11).

Los sufrimientos de Pablo no anulaban su ministerio; contribuían a revelar a Cristo a través de él. Mientras la muerte obraba en los apóstoles mediante persecuciones y aflicciones, **la vida de Cristo se hacía visible para edificación de los creyentes**.

Este es el llamado del verdadero ministerio cristiano: no vivir para exaltarnos a nosotros mismos, sino permitir que Cristo sea visto. El creyente contempla a Cristo, es transformado por Cristo y finalmente **refleja a Cristo para que otros también puedan encontrar vida en Él**.



UNA MORADA ETERNA

La imagen de los “vasos de barro” conduce naturalmente al comienzo de 2 Corintios 5. Pablo continúa hablando de la fragilidad de la existencia presente y utiliza una poderosa metáfora: **compara nuestro cuerpo actual con un tabernáculo**, una morada temporal que puede ser destruida por la muerte.

Pero la muerte no constituye el final de la esperanza. Pablo contempla el futuro edificio que Dios ha preparado: una morada eterna, incorruptible y gloriosa. El cuerpo mortal será finalmente revestido de inmortalidad.

“Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos.” (2 Corintios 5:1).

Por eso Pablo puede afirmar que **andamos por fe y no por vista**. Su esperanza no consiste en una existencia incorpórea inmediatamente después de la muerte, sino en la resurrección y en recibir de Dios un cuerpo glorioso e inmortal. Esta es precisamente la esperanza que desarrolla ampliamente en 1 Corintios 15.

Mientras esperamos ese momento, nuestra preocupación fundamental debe ser agradar al Señor. Pablo sabe que la vida presente tiene un propósito y que nuestras decisiones tienen consecuencias eternas.



UNA MORADA ETERNA

“Porque por fe andamos, no por vista; pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.” (2 Corintios 5:7-10).

La pregunta, entonces, no es solamente qué ocurrirá cuando Cristo regrese, sino **qué estamos haciendo con la vida que tenemos ahora**. Este cuerpo es temporal, pero las decisiones que tomamos mientras estamos en él tienen una dimensión eterna.

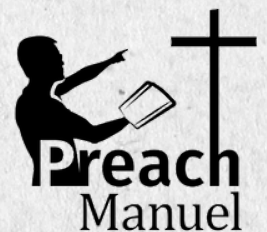
Podemos vivir concentrados en nuestros propios placeres, intereses y ganancias, como si esta vida fuera todo lo que existe. O podemos vivir para la gloria de Dios, incluso cuando seguir a Cristo implique sacrificio, sufrimiento o persecución.

Pablo había aprendido a llevar “la muerte de Cristo” en su propio cuerpo para que también la vida de Jesús se manifestara en él. **La verdadera pregunta del cristianismo no es cuánto podemos obtener de esta vida, sino qué tanto de la vida de Cristo puede verse en nosotros.**



UNA MORADA ETERNA

Mientras esperamos ser revestidos de inmortalidad, nuestra misión es clara: **vivir hoy de tal manera que nuestra vida refleje a Cristo**. La morada es pasajera, pero el carácter que Cristo forma en nosotros apunta hacia una gloria eterna



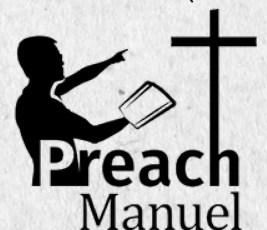
EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN

La defensa que Pablo hace de su ministerio alcanza ahora uno de sus puntos más profundos: él y sus colaboradores se presentan como **embajadores de la reconciliación**. No anuncian simplemente una doctrina, sino una verdad que revela el extraordinario amor de Cristo por la humanidad.

“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” (2 Corintios 5:14-15).

La muerte de Cristo tiene un alcance universal. Él murió por todos y, al representarnos en la cruz, abrió para todos la posibilidad de una vida nueva. Por eso, **quien ha sido alcanzado por el amor de Cristo ya no puede vivir exclusivamente para sí mismo**. La gracia que nos compró también nos reclama como propiedad de Cristo. Pablo explica entonces en qué consiste este ministerio de reconciliación. La iniciativa no procede del ser humano intentando convencer a Dios para que lo acepte. **Es Dios quien toma la iniciativa y reconcilia al mundo consigo mismo en Cristo**.

“Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.” (2 Corintios 5:18-19).



EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN

La imagen es extraordinaria: **Dios no está esperando que el ser humano haga algo para comenzar a mostrarle su favor.** En Cristo, Dios ya extendió su mano de gracia. Ahora el ser humano está llamado a creer, recibir esa reconciliación y responder a ella.

Por eso Pablo exhorta a no recibir esta gracia en vano. La gracia recibida debe producir una transformación real. Dios promete habitar entre su pueblo y hacer de ellos su templo; por tanto, esa promesa conduce a una vida de santidad.

“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.” (2 Corintios 7:1).

Aquí aparece nuevamente el mismo principio desarrollado a lo largo de estos capítulos: **Cristo no solamente perdona; Cristo también transforma.** Si somos su morada, su presencia debe producir limpieza, santidad y un carácter semejante al suyo.

El ministerio de la reconciliación culmina, entonces, en una experiencia concreta: Dios quiere hacer de nuestra vida **un templo donde su presencia habite**, una morada santa en la que Cristo pueda manifestar su vida y su carácter.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!

